ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

EL PRÍNCIPE HEREDERO

VIAJE BUFO LÍRICO, EN DOS ACTOS Y SIETE CUADROS

ORIGINAL Y EN PROSA DE

CARLOS ARNICHES Y **CELSO LUCIO**

música de los maestros

NIETO, BRULL Y TORREGROSA



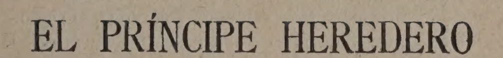
MADRID

EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, segundo

ARREGUI Y ARUEJ
Federico de Madrazo (antes Greda), 15

1896




EL PRÍNCIPE HEREDERO

EL PRINCIPE HEREDERO

VIAJE BUFO LÍRICO

EN DOS ACTOS Y SIETE CUADROS

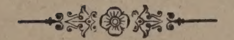
ORIGINAL Y EN PROSA DE

CARLOS ARNICHES y **CELSO LUCIO**

música de los maestros

NIETO, BRULL y TORREGROSA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ROMEA la noche del 9 de Enero de 1896



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono núm. 551

1896

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES

ACTO PRIMERO

NICANORA........................	SRTA.	ALCACER.
BLANCA..........................		COHEN.
DOÑA HIPÓLITA...................	SRA.	PASTOR.
DON BERNARDO....................	SR.	GARCÍA (V.)
RUFINO..........................		BARRAYCOA.
ANICETO		REFORZO.
DON SALUSTIANO..................		FUENTES.
BENITO..........................		MOLINÉ.
UN CAPITÁN......................		RIPOLLÉS.
UN MARINERO.....................		TOVARES.
UN MOZO.........................		ORTEGA.

Coro de oficialas, grumetes, marineros, pescadoras, calafates y gente de pueblo

TÍTULOS DE LOS CUADROS

1.º Liquidación.—2.º ¡Su Alteza!—3.º ¡Adiós, España!

ACTO SEGUNDO

S. M. DOÑA HIPÓLITA...........	SRA.	PASTOR.
LA INFANTA NICANORA.........	SRTA.	ALCACER.
LA INFANTA BLANCA............		COHEN.
LA REINA YOMAKI..............		MARTÍN.

BERNARDO I......................	Sr.	García (V.)
EL PRÍNCIPE RUFINO...........		Barraycoa.
ANICETO...........................		Reforzo.
SIR BERTHON......................		Ortiz.
EL REY YOKUSKÚ..............		Fuentes.
MINISTRO DEL INTERIOR........		
IDEM DE GRACIA.................		Ortiz.
IDEM DE ESTADO.................		Gallo.
IDEM DE LA PAZ		Moliné.
UN SALVAJE.......................		Ripollés.
KACARACÁ		Ortiz.
KUCURUCÚ.........................		Fuentes.
KIQUIRIQUÍ........................		Reforzo.
UN MACERO........................		Rípollés.

Coro de elegantes, bechuanos, antropófagos, árabes y amazonas

TÍTULOS DE LOS CUADROS

1.º En Kutilibeatechua.—2.º En caravana.—3.º El consejo de guerra.—4.º ¡A la hoguera!

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Gabinete despacho de un comerciante en peletería. Boas, manguitos, pieles, encima de una mesa larga. Armarios abiertos con cajas de cartón, cajas por el suelo en desorden y grandes fajas de papel con el anuncio impreso de «Gran liquidación. Liquidación verdad» encima de una mesa.

ESCENA PRIMERA

DON BERNARDO, RUFINO, BENITO, NICANORA y BLANCA

BER. Bueno; vosotras ahora á limpiar esas pieles para sacarlas al escaparate.

NIC. Bueno, papá.

BER. Tú, Rufino, ven.

RUF. ¿Qué manda usted, don Bernardo?...

BER. Mira, tú que eres un chico listo, á ver si me haces el favor de escribir en un papel el suelto, anunciando la liquidación de nuestra *Gran peletería*, para enviarlo á los periódicos, ¿eh?

RUF. Sí, señor; en seguida.

BER. Tú, Benito, dejas esas cajas, y toma estos anuncios y bajas á la tienda y los pegas en el escaparate.

BEN. Bueno.

BER. ¡Ah! oye; á la primera oficiala, que es la que tiene la piel blanca, le dices que ahora iré á recortársela...

BEN. Si la que tiene la piel blanca es la señora...

BER. No, hombre, no; cuando yo te lo digo... (Vase Benito.) Vaya, hoy, por fin, empieza la liquidación de nuestra tienda, hijas mías, y, dentro de poco, mandamos á paseo el comercio.

BLAN. Muy bien hecho, papá.

NIC. Sí, señor, muy bien; porque usted, papá, ya ha reunido una fortunita, y nosotras, francamente, eso de ser peleteras nos daba mucha vergüenza...

BER. Pues nada, hijas, se acabó la peletería, y ahora viviremos todos felices, todos...

BLAN. Todos, menos yo; eso es.

BER. Tú, porque eres una tonta.

BLAN. No, señor; porque usted no quiere dejar que me case con Aniceto, que es un buen partido.

BER. Sí; partido por el eje, y no te molestes en insistir sobre ese punto, porque no transijo con ese punto... Tú no puedes casarte con ese punto... y aquí hago punto.

NIC. Tiene razón papá.

BLAN. Pero, ¿por qué?

BER. Por varias cosas; primera, porque su abuelo ha sido cabecilla carlista, su padre ha sido un cabecilla y el chico es un cabezota; y yo soy republicano federal algo sinalagmático, y por consecuencia conmutativo, y no puedo consentir esas relaciones.

BLAN. Lo cual, no *osta* para que yo le quiera con frenesí idolátrico.

BER. Osta, osta... y, en fin, que no te canses, porque no os he criado á vosotras para mequetrefes, á pesar de tu frenesí hidro... lahidro... hidroterápico... ó lo que sea...

BLAN. Y, ¿por qué deja usted á mi hermana que se case con Rufino... ente... vulgarísimo...

RUF. (Se levanta de la mesa en donde está escribiendo.) ¡Eh! poco á poco; tu padre deja que yo me case con ésta, por muchas razones, ¿sabes?

NIC. Pero, ¡por muchísimas!

RUF. Primera, porque yo conocí á tu hermana siendo todavía *soldao*; segunda, porque me recomendaron á tu padre, aparte de mis

prendas morales, el físico... de mi regimiento y el teniente coronel, y además, que si la suerte no me favorece, haré lo de un tío mío, que hace veinte años que se está sosteniendo con los piés.

BLAN. Pues con los piés se sostiene Aniceto.

RUF. Pero es que lo de mi tío tiene más mérito, porque mi tío se sostiene con los piés de los demás.

BER. ¿Es gorrón?...

RUF. No, señor; es callista.

BER. Y, sobre todo, que eres republicano.

NIC. Y de gran talento.

BER. Anda, sigue, sigue el suelto.

RUF. Voy. (Vuelve á escribir.)

BLAN. Pues con todo esto, lo que han conseguido ustedes es clavarme un dardo en el corazón.

BER. ¡Mira, cállate, alondra disecada!...

BLAN. ¡Ay, mísera de mí!... (Vase.)

NIC. Pero, ¿ve usted, papá, cómo se pone?

BER. Nos ha matao con habernos salido poetisa... y no escarmienta; el otro día hizo un soneto, titulado *Junto al estanque*, y cogió unas anginas atroces, y el mejor día verás se muere de resultas de unas seguidillas ú de un romance.

RUF. Ave María...

BER. Sin pecado concebida.

RUF. No; digo, ¿si Ave María se escribe con *u* de corazón?

BER. ¡Ah! no, hombre, con b; ¿se te ha olvidado la ortografía?

RUF. No, señor, quiá; misté, *ave* con *h;* ¿ve usted?... toavía me acuerdo... Pues ya está esto acabao.

BER. ¿Ya?

RUF. Sí, señor; ¿á ver si le gusta á usted?

BER. A ver. Venga.

RUF. Tome usted.

BER. «A la piel de Marta. Gran pelotería,» digo gran peletería. «Dispone de estos grandes almacenes el dueño en pieles... surtido novedad...» Oye... oye... esto está mal.

RUF. No, señor; la oración gramatical lo trae así y por eso le he puesto á las pieles detrás...

BER. Me van á dar mucho calor, en fin, sigamos. «Y el dueño del almacén, para acabar pronto con su existencia...» Oye, tú, que van á creer que quiero suicidarme...

RUF. Es la oración.

BER. «Un gran surtido novedad es el de que dispone para su numerosa clientela, en cueros...» Aquí es donde venían bien las pieles...

RUF. Ya las he puesto, es la oración.

BER. ¡Qué oración ni qué ocho cuartos; en pieles gamuzas, aparte de los manguitos, etcétera. «Además, el dueño garantiza todas sus plumas, que son rizadas de Colibrí.» Oye, esto me parece una habanera...

RUF. Es la oración.

BER. Oración... pero oye, tú has tomado esto por anuncio ó por un trisagio...

RUF. No ve usted que detrás del colibrí no puede haber plumas.

BER. Sí, señor, puede haber plumas.

RUF. ¿Cuálas?

BER. Las del rabo.

RUF. Bueno, pero como colibrí es participio...

BER. No, señor, es gerundio. En fin, está bien, no te ha salido tan mal como yo me figuraba... á ver el final... Válgame Dios.

RUF. Es la oración...

BER. No, son las señas de la casa... Válgame Dios, treinta y siete. Bueno, pues anda, que lo lleve Benito á los periódicos, pero á escape.

RUF. Bueno... voy, y que le conste á usted que como construcción, hay construcción, y como sintasis...

BER. Bueno, anda, anda, sintasis, vete. (Vase Rufino.)

ESCENA III

DON BERNARDO, DOÑA HIPÓLITA, NICANORA y BLANCA

HIP. ¡Bernardo! (Sale foro)

BER. ¡Hola, Hipólita, eres tú!...

HIP. Yo, yo soy, Bernardo, que vengo con los ojos llenos de lágrimas, porque cada vez que pienso que vamos á dejar para siempre esta tienda, y cada vez que pongo una pluma en el escaparate con el veinte por ciento de rebaja parece que me la arrancan del corazón... y yo por mí...

BER. ¿Qué harías?

HIP. Rebajar el diez por ciento nada más.

BER. ¡Oh, Hipólita mía! ¡qué alma tan noble, tan cariñosa! Y lo que siento es no poder subir los precios, porque ya está anunciado.

HIP. Además, ¿sabes por qué estoy triste hoy?

BER; ¿Por qué?

HIP. Porque hoy hace años que se marchó al Africa tu hermano Facundo.

BER. Es verdad, no me acordaba, ¡pobre Facundo!

BLAN. ¡Pobre tío Facundo, perdido en las remotas tierras!

NIC. Doce años que no sabemos del pobrecito...

BER. ¡Doce! ¡Pobre hermano, tal día como hoy se despidió de nosotros! ¿Os acordais? Se fué á Africa y á Asia á comprar pieles á bajos precios, para enviármelas y negociar yo aquí con ellas... Marchóse, prometiendo escribirnos. No supimos nada de él en dos años y un día.

BLAN. Eso parece una sentencia.

BER. Quiero decir que á los dos años supimos por un cabo de vela, digo, por un cabo de barco de vela, que una tempestad les sorprendió una noche, y naufragaron... Algunos se salvarían... ¿pero se salvaría Facundo? ¡Dios lo sabe!

HIP. No debió salvarse el pobre, porque nos hubiera escrito.

BER. ¡Es claro!

BLAN. ¡Pobre tío; y pensar que está en el fondo del mar azul!...

BER. ¡Él en el mar como un besugo cualquiera!

HIP. ¡Tan aficionado á la pesca que era el infeliz! ¿Os acordais del verano que fuimos á Santander? Se iba á pescar, y en cuanto cogía una merluza, ya se sabía...

BER. A la prevención... ¡Tenía un vino muy escandaloso el pobre!... En fin, no nos aflijamos; recemos por el desgraciado Facundo... (Transición.) Pero, *ande*, vamos con esos manguitos... á escape... á escape.

ESCENA IV

DICHOS y DON SALUSTIANO foro

SAL. Hola, señores, buenos días.

BER. ¡Hola, Salustiano!...

SAL. ¿Qué tal, señora?

HIP. Pues ya ve usted, traginando.

SAL. Vaya, ¿parece que ahora lo de la liquidación es un hecho?

BER. Un hecho, hecho y derecho.

SAL. Pues, chico, yo vengo á darte buenas noticias.

BER. ¿Buenas? ¿Y qué es? ¿Y qué es?

SAL. Pues que el comité republicano del distrito del centro te ha nombrado nada menos que vocal.

BER. ¿Qué... dices? ¿Vocal? ¿Vocal á mí? ¿Qué dices?

SAL. Lo que oyes.

HIP. ¡Jesús, qué alegría! Si ya te dije yo que tú en política ibas á hacer una carrera loca.

BER. ¿Y cómo ha sido honrarme de esa manera?

SAL. Porque tú debías ser honrado...

BER. Ya lo sé, pero no me ha sido posible, chico...

SAL. Debías ser honrado, porque eres un republicano de toda la vida.

BER. Eso sí; que te diga ésta lo que he votado yo siempre.

HIP. Mucho.

BER. Todas las candidaturas republicanas. Que ha habido sublevación, he dado dinero; que ha habido pronunciamiento, dinero; que te diga ésta quien ha contribuído más á los movimientos.

HIP. Este.

BER. ¿Ves?

SAL. Sí, ya lo sé, y por eso hoy el partido republicano te premia, porque yo les he recordao á los del comité tus méritos...

BER. Y además puedes decirles que dejo mi comercio para no pagar la contribución, porque no quiero ayudar con mi dinero al sostenimiento de la monarquía.

SAL. Muy bien.

BER. ¡Abajo los tiranos¡

SAL. Abajo...

BER. ¡Arriba nosatros!

SAL. Arriba...

HIP. Oye, que nosotros hacemos falta abajo en la tienda.

BER. En fin, vamos, cógete tú el género.

HIP. Bueno.

BER. Pero es que nosotros, antes que nada, somos republicanos. ¿Sabes?

SAL. ¡Viva la república!

BER. ¡Abajo la tiranía!

SAL. Abajo...

BER. ¡Abajo los conservadores!

SAL. Abajo...

BER. Abajo los manguitos, ¿eh?

SAL. Abajo...

BER. ¡Le digo á esa!... Vamcs. (Abrazándose.) «Alon en flan de la pastille...» (Cantando la Marsellesa.)

HIP. ¡Cualquiera convierte á mi marido en monárquico!... Pero, en fin, más vale, porque si no hubiera sido republicano no sería ahora vocal, y yo, claro, no sería vocala! (Vase con cajas en la mano.)

ESCENA V

RUFINO y NICANORA

RUF. ¡Ven, ven, que no hay nadie... vida mia!
NIC. ¿Se han ido?
RUF. Sí; ¡já, já! Tenía más ganas de que nos quedásemos solitos...
NIC. ¿Y para qué, Rufinito mío?
RUF. Pues para que hiciéramos congeturas.
NIC. ¿Y qué es eso?
RUF. Congeturas sobre el porvenir... Dame un abrazo.
NIC. ¡Ay! Eso no...
RUF. Dame un abrazo ó me doy un capón y me estropeo...
NIC. ¡Ay! ¿Pero no te da vergüenza abrazarme?
RUF. Una poca. Cuando te abrazo me sube el calor; pero me deja de subir en seguida, y es que estoy loco de contento con lo que me ha dicho tu padre...
NIC. ¿Pero, qué te ha dicho?
RUF. Pues que nos casaremos en cuanto yo acabe la carrera, que la acabaré en seguida; sólo por casarme pronto contigo he escogido una carrera cortita, la de piloto, que es una carrera de dos años y yo hace cuatro que la estoy estudiando, de manera que ya no me faltan más que dos años, con que ya ves si te querré... y si me habrán dado calabazas... de modo, que en cuanto yo la acabe, me busco un buque donde servir de piloto, nos casamos y nos hacemos á la vela.
NIC. ¡Ay! ¡Cuándo querrá Dios que yo me vea á tu lado de capitana...
RUF. No, de pilota, te verás de pilota... surcando las ondas de la mar salobre, transparente, clara y espumosa.
NIC. ¡Ay, eso parece el anuncio de la sidra!
RUF. Ya verás qué dulzura cuando abrazaditos así en nuestro barco...
NIC. ¡Ay, qué gusto!

Música

RUF. Aunque soy del comercio,
vidita mía,
me va cargando
tanta pelotería.
Una vez que liquide
tu buen papá,
ya no quiero más boas,
ni más pieles,
manguitos, ni ná.

NIC. Como sé que tú tienes,
cariño mío,
un talento desecho,
de tí me fío.
Y una vez que te llegen
á examinar,
nos iremos juntitos al barco
y á navegar.

RUF. Cuando sea piloto,
que será pronto,
pues sabes que no tengo
pelo de tonto,
siempre en todos mis viajes
te llevaré,
y á tu lado dichoso
navegaré.

NIC. Siempre junto á tu lado,
tú junto al mío,

RUF. Tú serás la pilota
de mi navío.

NIC. Y cuando esté tranquila
la mar serena,
y en sus aguas refleje
la luna llena,
y al compás que se mece
la embarcación,
oirás el acento
de mi canción;
ya verás si te gustan
mis gorgoritos.

RUF. Y saldrán á escucharte
los pececitos.

NIC. Dulces canciones
te entonaré.
RUF. Y yo con tanto dulce
me dormiré.

Hablado

RUF. De poco me duermo, rica mía, y es que me das el opio.

NIC. Pues mira, Rufino, hay que espabilarse para que acabes pronto la carrera, si es que quieres que sea tu mujer...

RUF. ¡Ah, mi mujer... ja... ¡ay! Mi mujer, no me digas eso que me sube el calor y *marrebato* y... (Va á abrazarla.)

NIC. ¡No te arrebates, no! (Separándole.)

ESCENA VI

DICHOS, BLANCA, después ANICETO

BLAN. ¿Qué es esto? ¡Hombre, por Dios, Rufino!

NIC. (¿Ves? nos ha visto.)

RUF. Ha sido un arrebatamiento.

BLAN. Ha sido que le has dado un abrazo...

RUF. Bueno, pero no lo he podido remediar, porque ha sido sin querer.

BLAN. ¿Sin querer?

RUF. Sin querer ella.

NIC. Naturalmente.

BLAN. Pues yo venía á deciros que estoy en un apuro terrible.

RUF. ¿Qué te pasa?

BLAN. Pues que Aniceto, que está en la esquina, y como ha á visto papá en la tienda poniendo los anuncios de la rebaja de precios... quiere aprovecharse.

RUF. ¿Y comprar barato?

BLAN. No, y subir á hablarme.

NIC. ¡Ay, no; dile que no, que puede comprometernos!

RUF. No, yo no creo que Aniceto se atreverá estando yo aquí, porque si se atreviera, yo, al verle entrar por esa puerta, diría...

ANIC. (Entrando.) ¡Aquí estoy!

RUF. ¡Qué bruto!

NIC. ¡El!

BLAN. ¡Aniceto! ¿Qué has hecho?

ANIC. Subir... yo te adoro, necesito verte, adorarte, lejos de tí no vivo .. y si...

NIC. ¡Ay, váyase usted, por Dios!

ANIC. Y si tu padre se opone...

RUF. No se opone. ¡Váyase usted, hombre!

ANIC. Y si tu padre se opone, te rapto y la fuga, porque tus ojos son mi luz, tu boca mi esperanza, sueño con...

BLAN. ¡Ay, vete, vete, por Dios!

ANIC. Sueño con...

RUF. ¿Pero nos va usted á contar sus sueños ahora, hombre?

ANIC. Sueño con...

RUF. Dejárselo decir á ver si acaba.

ANIC. Sueño contigo, y el ardiente frenesí de esta pasión de volcán en erupción cutánea, digo constante...

RUF. ¡Ya escampa!

ANIC. Hace que tú... me adores, Blanca mía.

BLAN. ¡Ay, sí!... ¡Ay, sí!...

RUF. ¡Ay, si sube don Bernardo!

NIC. ¡Que vienen!

ANIC. Y mañana me presento á tu padre, y ó habrá de darme tu amor, ó me tendrá en esa esquina día y noche. Adiós. Porque sueño, sí, sueño. (Vase.)

RUF. ¡Gracias á Dios!

ANIC. (Vuelve á salir.) Sol de mis ojos... Lucero esplendoroso de... sueño con...

BLAN. ¡Pero, vete, hombre! (Vase.)

NIC. ¡Ay, qué miedo he pasado!

RUF. Yo estaba viendo que subía tu padre y le cortaba el sueño.

BLAN. ¡Pobre Aniceto!

ANIC. (Entrando.) Astro de...

RUF. ¿Otra vez?

ANIC. Es que me he llevado un manguito en vez del sombrero. Adiós, astro de... (Vase.) sueño con...

RUF. ¿Veis? Si estudiara para piloto como yo, no le pasaría eso.

ESCENA VII

DICHOS. DON BERNARDO y DOÑA HIPÓLITA. Se oyen muchas voces y gran alboroto

NIC. ¡Dios mío, qué estrépito!
BLAN. ¡Ay, eso es que han visto á Aniceto!
RUF. ¡Le ha matao, le ha matao!
BER. (Entra tembloroso y jadeante.) ¡Carta! ¡Carta!
HIP. ¡Su letra! ¡Su letra!
BLAN. ¿Pero qué pasa?...
BER. ¡Carta, carta!
NIC. ¿Pero de quién?
HIP. ¡Carta! ¡Carta!
RUF. Parece que están jugando á las siete y media.
BER. Carta de Facundo, de Facundo, de mi hermano.
LOS TRES ¡Del tío, del tío Facundo!
HIP. Sí, de vuestro tío. Aquí está. Abrela.
BER. ¡Ay, no me deja la emoción! Porque hoy, hoy todo son noticias felices. Me han nombrado vocal del comité federal, y además tengo carta de mi hermano.
HIP. Bueno, bueno, pero rompe el sobre á ver lo que dice.
BER. Voy... (Temblando.)
TODOS A ver. (Gran atención.)
BER. Y dice: Ku... te... li... be... ate...
HIP. ¡Pero qué no aciertas á leer!
BER. Si es el nombre de la población.
RUF. Parece un silabario.
BER. «Kutilibeatechua á quince de Agosto: Hermano de mi alma.» ¡Pobre Facundo! «No sé si llegará á tus manos esta carta, escrita desde tan remotas tierras.» ¡Ya lo creo, desde Kutilibeatechua!
HIP. Sigue.
BER. «Pero se la doy á un capitán explorador que me ha ofrecido ponerla en el correo en la primera colonia inglesa con que tropiece.

Si este papel llega á tus manos, prepárate para saber cosas estupendas y maravillosas.»

TODOS. A ver, á ver.

BER. «Poco después de salir de España con rumbo á Africa, nos sorprendió en alta mar una tormenta espantosa; hubo huracanes, truenos, relámpagos, centellas, trombas, rayos.» (Pausa.)

RUF. ¿Y qué más?

BER. ¿Te parece poco?

RUF. ¿Qué más dice?

BER. (Leyendo.) «La noche era negra como alma de condenado, y mientras los truenos... ¡turumburún! y los relámpagos ¡fist... fist... fi... fi!... y los rayos ¡zis! ¡zas! el aire seguía soplando ¡ú, ú, ú, ú, ú! y soplando cada vez más ronco...» ¡Qué atrocidad! (Con voz ronca.)

TODOS (Con voz ronca.) ¡Qué horror!

BER. (Leyendo.) «Luchando con el mar en aquella obscuridad tenebrosa, no teníamos más esperanza, rota la máquina, que las velas, pero como iban los palos sin arboladura, el aire las derribó.»

HIP. ¿Qué dice?

BER. Que se les llevó el aire todas las velas.

HIP. No llevarían palmatorias los pobres...

BER. «Por fin, zozobró el buque y dos marineros y yo nos salvamos en un bote, llevando solo un saco de galletas; un golpe de mar se nos llevó el saco de galletas; nos lanzamos á él, y los tres al saco...»

RUF. Y el saco en tierra.

BER. No; y el saco en el agua. «Y muertos de hambre, á los dos días el mar nos arrojó á una playa; murieron mis pobres compañeros y á mí me recogieron unos salvajes. Renuncio á describirte mi vida desde entonces; baste decirte que hoy tengo á mis órdenes tribus numerosas, millares de vasallos que me rinden homenaje, palacios maravillosos llenos de esclavas, riquezas sin cuento, honores y poderes, en fin, prepárate á recibir la gran noticia; soy aquí, por la voluntad de mis súbditos, Su Majestad Karabí segundo;

soy el Rey.» (Todo esto lo va leyendo con sorpresa creciente.)

TODOS ¡Oh!

BER. ¡Rey... él, rey! ¡Facundo, rey; Facundo!... karabí segundo... Facundo segundo... ¡Dios mío!

HIP. ¿Pero has leído bien? ¡Mi cuñado rey!

NIC. ¡El tío rey!...

BLAN. ¡El tío karabí!

RUF. ¡Mi tío político, Facundo segundo karabí!...

BER. ¡Sí, sí, no hay duda, leedlo, soy el Rey!...

TODOS (Mirando.) ¡Es verdad!

BER. ¡¡Mi hermano... reina!...

RUF. ¡No, hombre; rey!...

BER. Digo, que reina, que reina en sus estados...

HIP. A ver, sigue... sigue...

BER. «De modo que...» ¡Cielos! (Cae en una silla.)

TODOS ¿Qué es?

BER. ¡Ay, qué temblor!... No puedo leerlo... Oid, oid, lo que dice: «De modo, querido hermano, que tengo la satisfacción de participarte que tu eres príncipe real y la Hipólita princesa real...

HIP. ¡Yo princesa real!... Yo real...

BER. «Y tus hijas infantas reales.»

LAS DOS ¡Nosotras!

NIC. ¡Yo real!...

RUF. ¡Qué atrocidad!... (Se quita la gorra.) Entonces yo soy medio real... hasta que nos casemos, y cuando nos casemos real y medio...

BER. «Conque siento, querido Bernardo, que estés alejado de mi trono y que no pueda compartir con vosotros mi real poder. Dado en mi palacio de Kutilibeatechúa á 15 de Agosto. Yo el Rey.»

RUF. ¡Usted el rey!

BER. ¡Es la estampilla, animal! «Para tí siempre tu hermano del alma! Facundo.»

Música

BER. Oid con atención.
ELLAS ¡Dios mío, qué emoción!
BER. Y tú, guarda el secreto.
RUF. Tendré gran discreción.

BER. El cambio es hoy completo
en nuestra situación.
¡Mi hermano!

TODOS ¡Su hermano!

BER. ¡Mi hermano es rey!...

TODOS ¡Grán Dios!

BER. No cabe duda alguna,
mi hermano es soberano
de una gran nación
y por irradiación
yo soy el príncipe
que ha de heredar
el trono de mi hermano
si llega á vacar.

TODOS El es el príncipe
que ha de heredar
el trono de su hermano
si llega á vacar.

BER. Aunque fuí siempre republicano,
predicando la fraternidad,
yo no puedo evitar que mi hermano
se haya visto en la necesidad
de proclamarse rey
de aquella grey.
¡Qué alegre estoy!...
Dichoso soy;
desde hoy Bernardo, el federal,
se llamará su alteza real.

TODOS Desde hoy, etc , etc.

BER. Princesa, oye un momento;
infantas, acercad,
y tú también, plebeyo,
te puedes arrimar.
Esto va con vosotros.

NIC. Usted dirá, papá.

BER. Contigo y con tu novio.

RUF. ¿Conmigo?... ¡Usted dirá!...

BER. Es costumbre de toda familia
de sangre real,
al tomar un esposo, buscarle
de su sangre igual.
Y como esta desde hoy es infanta
te quiero decir,
que es la unión imposible;

por tanto, la debo,
la debo impedir.

NIC. ¿Cómo quieres que le deje
de un modo tal?

RUF. Me ha partido por el eje
su alteza real.

NIC. Si con él yo no me caso
me moriré.

LOS TRES ¡Pobrecillo, pobrecillo,
perdónale!

BER. Al Consejo de ministros
consultaré.
Pero si es un plebeyo
y no es noble ni es hidalgo,
para ser tu marido
le falta algo.

RUF. No, señor, nada me falta.

BER. ¡Calle usted!

LOS TRES ¡Pobrecillo, pobrecillo,
perdónale!

BER. Para hacerle archiduque
le propondré.

RUF. ¡Jesús, y qué architonto
se ha vuelto su mercé!

BER. Ya lo sabéis, infantas,
y tú, princesa,
haced los equipajes
con ligereza.
Tú, archiduque, que vengan
hoy todos á cobrar,
pues esta misma noche
debemos marchar.

TODOS ¿Y á dónde?

BERN. A nuestra patria,
que el trono espera ya.
Princesa, vuestro brazo.
Pasad, familia real.

TODOS No cabe duda alguna,
mi hermano es soberano
de una gran nación
y por irradiación, etc.
¡Viva el príncipe!

Hablado

BER. ¡Ay! ¡Pero venid acá... que yo os vea á todos!... ¡Familia real, venid! Pero si me parece que estoy soñando... que esto es un sueño!... ¡Ay, Hipólita!¡ Quién nos había de decir que la Hipólita de ayer había de ser hoy Hipólita real!...

RUF. ¡Lo que es la realidad!...

BLAN. Y yo... yo... ¡ay! yo la infanta Blanca!... ¡Lo que van á rabiar las de Pelusillo en cuanto lo sepan!

BER. ¿Pues y ese? ¿Quién le habia de decir á ese gorrión que había de ser archiduque, con esas narices de remolacha?

RUF. Pues, misté, yo siempre he sido un real mozo.

BER ¡Quítate de ahí, langostino! ¡Y quién me había de decir á mí ayer, cuando pasé por la calle del Príncipe, que hoy había de ser mía!

NIC. De modo que lo que tenemos ahora en las venas es sangre real... ¿verdad, papá?

BER. ¡Pues claro! Y á propósito, darme un alfiler... darme un alfiler.

HIP. ¿Para qué?

BER. Porque voy á pincharme; quiero ver cómo es la sangre real.

TODOS ¡No... no por Dios!

RUF. ¡No haga usted disparates, que los reyes no se pinchan nunca, hombre!...

BER. Pues, ¿y cuándo quieran sangrarse?

RUF. ¡Los reyes tienen muchas sanguijuelas!

HIP. ¿Y qué hacemos ahora, Bernardo? ¿Qué hacemos?

BER. ¿Pues qué hemos de hacer? ¡Vaya una pregunta! Traspaso ahora mismo la tienda y esta tarde salimos para Africa en busca de mi hermano...

LAS DOS ¡Sí!... ¡Sí!...

BER. Pero, ¡ah! os recomiendo una cosa; es preciso no decir á nadie una palabra hasta que vaya yo esta tarde á despedirme de la reina y á decirle que no se moleste en bajar á la

estación y que no tienda las tropas en la carrera...

TODOS ¡Es verdad!

RUF. Pero oiga, ¿la reina habrá oído nombrar á su hermano de usted, Karabí?...

BER. Pues naturalmente, hombre, los reyes se conocen todos; además, que ella habrá oido decir muchas veces: ¡Qué hermoso pelo lleva! ¡Karabí! (Cantando.) ¡Conque ya ves tú si le conocerá!

HIP. ¡Pues es verdad!

BER. ¡Ah! Y ahora veréis, ahora se ocupará de nosotros la prensa de todo el mundo y vendrán fotógrafos y nos retratarán en grupo como á todas las familias reales... y nosotros nos retrataremos así, veréis... Tú... princesa, quítate la toquilla y el delantal y siéntate aquí... La infanta Blanca, aquí... así... Aquí, al otro lado, la infanta Nicanora... Tú, archiduque, figúrate que el cesto de los papeles es un cogín real y te acuestas á los pies de estas y te apoyas... y yo... que soy la rama principal, aquí encima, algo más alto, con la corona puesta así... y debajo del grupo un letrero dorado que dirá: «Familia real de Karabí.»

ESCENA IX

DICHOS y SALUSTIANO

SAL. (Entrando.) ¡Viva la República!

BER. ¡Nos han reventado!...

RUF. ¡Demontre!

SAL. ¡Já, já! ¡Pero estaban ustés durmiendo la siesta en montón!

BER. ¡Estamos como queremos!

SAL. Como ese estaba acostao...

HIP. ¡Silencio!

BLAN. ¡Qué tío!

SAL. Señores, dispensar si he molestao, pero venía á traerle el nombramiento del comité...

BER. Basta...

SAL. Porque el triunfo de la república...

HIP. ¡Basta!

SAL. ¿Pero que es esto?...

BER. Nada, que estamos muy ocupados y no podemos dar audiencia todavía... baja á la tienda y espera... vete.

SAL. ¿Que me vaya?... ¡eso es echarme! Pues á mí no me trata nadie así...

BER. ¡Que te vayas!

SAL. ¡Grosero!...

BER. ¡Grosero!... ¡grosero á mí! ¿Tú no sabes con quién estás hablando? Si hubiéramos tenido un grande de servicio en la antecámara no nos pasaría esto, ¿sabes?...

SAL. Vete á paseo...

TODOS ¡Fuera!...

SAL. ¡So guarros!...

BER. Salustiano, que estás cometiendo un delito de *lisa* majestad.

HIP. ¡Guarros á nosotros!...

SAL. ¡Sí, señor... á ustedes!

RUF. ¡Dejarlo que nos insulte y si luego lo pasan por las armas... que se fastidie!

TODOS ¡Fuera de aquí!...

SAL. ¡Vayan ustedes al cuerno!

BER. ¡Miserable! ¡Siempre han sido lo mismo las clases populares!...

NIC. ¡No hagas caso, papá!...

BER. Ea, ya le hemos echado; ahora, á escape, no hay que perder tiempo; vosotros á hacer los equipajes; tú, á vestirte como corresponde á tu estirpe y á hacer la merienda para el camino, yo al taller á despedir á las oficialas y á decir á Benito que se encargue de la tienda, y tú, archiduque, si quieres venir con nosotros, ponte otros pantalones.

RUF. Oiga usted, su alteza, estos están buenos...

BER. ¡Son muchas rodilleras para un archiduque! Y si quieres desempeñar brillantemente el papel tienes que ir bien vestido...

RUF. No, para ir bien vestido lo que tengo que desempeñar es el traje... que está en seis duros...

BER. Ea, á darse prisa y á ver como os vestís, infantas... que voy al taller! ¡Viva Karabí segundo!

TODOS ¡Viva!

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de casa blanca, con puerta al foro. Se supone que es el taller.

ESCENA PRIMERA

LAS OFICIALAS y DON BERNARDO

Música

CORO ¡Señor Bernardo! ¡Señor Bernardo!
BERN. ¡Llegad, llegad, llegad!
CORO Saber quisiera
cómo cierra usted la tienda
y nos da por despedidas
y se dicen muchas cosas
que quizás sean verdad!
Es preciso que usted entienda
y queremos que disculpe
nuestra gran curiosidad.
Se dice por ahí,
no sé si con razón,
que le han hecho marqués,
ó duque ó barón.
BERN. Ni duque, ni marqués,
ni conde, ni barón,
algo más alta es
mi noble posición.
CORO Pues díganos al punto
y sin perder momento
de qué modo debemos
usar el tratamiento.
BERN. No quería decirlo,
pero en ello no hay mal,
es mi categoría
de Alteza real.

CORO — Pobrecito don Bernardo,
ha perdido la razón.
Pues seguirle la corriente
no nos dé una desazón.

BERN. — Si ayer era peletero,
hoy soy príncipe heredero;
pues mi hermano es majestad.

CORO — ¡Pobrecito peletero,
vaya un príncipe heredero
que está loco de verdad!

BERN. — No tengo orgullo,
besad mi mano
y si mi hermano
reinando está,
yo, el heredero,
probaros quiero
que no me ciega
la vanidad.

CORO — Su Alteza real
es muy bondadoso;
Su Alteza real
es muy generoso.

BERN. — Idos, que ya es tarde.

CORO — Lo hace al natural.
Pues que Dios le guarde
á Su Alteza real.

BERN. — No tengo orgullo,
besad, besad.

CORO — Que Dios le guarde
á Su Alteza real.

(Vase el coro.)

ESCENA II

DON BERNARDO y BENITO

Hablado

BER. — ¡Adiós, vasallas! Y tú, súbdito Benito...

BEN. — ¿Qué manda usted?...

BER. — Tú ya lo sabes, te quedas encargado de la tienda y ya te escribiré yo enviándote instrucciones y enviándote una gran cruz...

BEN. ¿Para qué?

BER. Para que te la pongas los domingos... ¡Ah! Y manda hacer un letrero con un escudo que diga: «Proveedor de la Real Casa de Kutilibeatechúa» y lo pones en un escaparate...

BEN. Y los manguitos que...

BER. Bésame la mano y vete.

BEN. (Se la besa.) ¡Se ha vuelto loco! (Vase.)

ESCENA III

DON BERNARDO, luego RUFINO

BER. ¡Ahora á otra cosa!... ¡Rufino!... ¡Rufino!.. (Llamando,)

RUF. ¿Qué quiere usted? (Sale con unos cuantos pares de calcetines.)

BER. ¿Pero qué hacías?

RUF. Metiendo en el cofre los reales calcetines...

BER. Pues deja eso, que tenemos ahora que tratar una cuestión más grave.

RUF. ¿Qué pasa?

BER. Una dificultad que no se nos había ocurrido.

RUF. ¿Cuála?

BER. Pues que para emprender el viaje regio es preciso saber en qué punto de Africa para el reino de mi hermano, y te he llamado porque como tú vas para piloto y sabes algo de geografía...

RUF. Sé mucha...

BER. Bueno, y esto de Kutilibeatechua, ¿por dónde caerá?

RUF. Pues eso debe de ser un archipiélago que estará por lo tanto rodeado de tierra por todas partes, y con un poco de agua hacia este lao; y eso está según se entra en Africa, tirando á mano derecha, la segunda bocaca... digo, el segundo pueblo del Oeste... ú sea á Mediodía.

BER. De modo que allí siempre están en el mediodía.

RUF. Siempre.

BER. ¿Entonces á qué hora cenan?

RUF. Vaya usted á saber, pero yendo conmigo no tié pierde; en fin, yo sé hasta palabras de los idiomas de allí.

BER. ¿De veras?

RUF. Lo que usted oye.

BER. Entonces, ¿cómo le llaman allí al vino?

RUF. Chon chin.

BER. Entonces ya sé como le llaman al aguardiente, ¡chinchón!

RUF. Eso es. Conque ande usted, ande usted, que ya están acabando de vestirse Sus Altezas Nicanora y la otra...

BER. Allá voy. (Vase.)

ESCENA IV

RUFINO; luego NICANORA, BLANCA y DOÑA HIPÓLITA ridículamente vestidas

RUF. ¡Dios mío! Todo lo que pasa aquí hoy me parece mentira. ¡Haber llegao yo á ser persona!... ¡persona real! ¡Lo que es el destino de las personas! ¿Estará bien este chaquet pa Archiduque?... Yo creo que sí. Y si llego á tener un poco más de greda, me dejo un saqué que ni un princeso!...

HIP. ¡Ea, ya estamos!

BLAN. ¿Qué tal?

NIC. ¿Qué te parece?

RUF. ¡María Santísima, qué lujo! Karabí se va á quedar bizco.

HIP. Por supuesto que yo con mi rango...

RUF. Con su rango de ustés, ahora todas ustés tendrán mayordomas, camareras y azafatas.

HIP. No es eso; digo que yo en cuanto llegue, fundo una orden para señoras; así como hay aquí la banda María Luisa, yo fundo otra banda.

BLAN. Es verdad, es verdad.

HIP. Fundaré la banda de Hipólita.

NIC. ¡Ay, no, mamá, esa es muy fea, funda la banda de Nicanora!

BLAN. También es muy fea.

HIP. ¿A tí que banda te gusta más?

RUF. ¡La banda del Hospicio!

HIP. Oye, ¿y cuántas camareras y cuántas azofaifas de esas tendremos cada una?

RUF. Eso es á gusto.

ESCENA V

DICHOS y DON BERNARDO

BER. Ya estoy... ya estoy...

TODOS Muy bien.

BER. Me he puesto esta chistera y este traje.. por si salen las autoridades en el camino.

HIP. Bien hecho.

NIC. ¿Y qué te parecemos nosotras, papá?

BER. Superiores todas, desde la princesa altiva hasta tú...

RUF. Oiga usted, yo iré de gorra, ¿eh? Porque creo que los Archiduques viajan todos así...

BLAN. Bien vas.

BER. Pues yo mirad lo que me he puesto por si acaso. (Enseña una banda que lleva cruzada al pe-

TODOS ¡Muy bien!

BER. ¡Viva Karabí segundo!

TODOS ¡Viva! (Cogen las maletas, las sombrereras y botijos.)

BER. Y ahora á embarcarnos.

TODOS A embarcarnos. (Salen cogidos del brazo. La Marcha Real en la orquesta.)

CUADRO TERCERO

Un puerto. La escena figura el muelle, y el foro, el mar; donde se ven los barcos, con luces en los palos; argollas con amarras de buques. Una lancha varada para el calafateo á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

CORO de calafates, calafateando la lancha. Se oye una guitarra y el canto de un marinero. Vienen las pescadoras con redes, capachos de pescados y remos al hombro

Música

ELLOS Ya está como nueva,
poco ha de tardar
en estar dispuesta
para echarla al mar.
ELLAS Secas ya las redes
se pueden guardar;
¡ah! ¡ah!
otra vez dispuestas
para echarlas al mar;
¡ah! ah!
MAR. (Dentro.)
Son los ojos de una niña
los que me hacen naufragar,
y temo más su mirada
que los vientos y la mar.
ELLOS Dentro de mi barca
me lanzo á las olas,
no temo á los vientos
ni temo á las ondas.
Y cuando la pesca tan fresca
en el fondo del barco
yo miro saltar,
firmes en los remos
volvemos al punto
el puerto á alcanzar.
ELLAS Nunca tengas amores
con un marino,

que á merced de los vientos
va su cariño,
y ocurrir suele
que las olas le llevan
y no le vuelven.

ELLOS Ya está la barquilla
del todo compuesta,
podremos botarla
en cuanto amanezca;
pues hasta la hora
de echarse á la mar
vámonos muchachos
á descansar. (Vanse todos.)

ESCENA II

ANICETO; sale como ocultándose

Hablado

Por allí van... y no me han visto. (Adelantándose al proscenio.) ¡Pero, Dios mío, yo no sé lo que me pasa; por fuerza, ese don Bernardo se ha trastornado. Ayer estaba yo en Madrid almorzando tranquilamente, cuando, de pronto, recibo una carta de Blanca, de mi adorada Blanca, que decía: «Aniceto »mío: si me tienes el cariño que me juras, »haz la maleta y sígueme. Nos vamos á »Africa, á un país desconocido; mi tío Fa»cundo es rey de una nación de cafres; nos »ha escrito, y dice que le hacemos falta »allí, y ha nombrado á mi padre príncipe »heredero, y á nosotras infantas. Orgullosa »de ofrecerte una corona infantil, es decir, »de infanta, se despide de tí, Blanca.» Y yo, con esta carta, la cabeza trastornada y el corazón enamorado, cogí la capa y dejé la capa en una casa de préstamos, y me dije: «la sigo hasta el fin del mundo.» Y aquí estoy, y como sé que van á embarcarse en el vapor *Aurora*, he comprado este traje de grumete á unos pilluelos, me lo he pues-

te y hago la travesía de balde, y en el mismo barco que zarpará dentro de media hora. ¡Los grumetes!

Música

CORO ¡Viva el novato!
¡Va á ser un buen grumete
este muchacho!
ANIC. Dejadme en paz,
que todos estais borrachos.
CORO Pues vamos á decirte,
y lo has de aprender,
lo que todo grumete
debe saber.
ANIC. Pues empezad,
y explicármelo todo
con formalidad.
CORO Cuando suena el pito
del contramaestre,
hace falta oído
para comprenderle,
pues si te equivocas
en una señal,
te ganas dos punteras
por animal.
ANIC. Basta, muchachos,
de puntapiés...
CORO Es *pa* que te acostumbres
para después.
Cuando sale el barco
y hace viento fresco,
para echar las velas
hay que andar ligero;
y si toma el viento
otra dirección,
pues se hacen en los trapos
la variación;
y si te equivocas
en la operación,
¡coscorrón! ¡coscorrón!
ANIC. No quiero á esta costa
tomar más lección.
CORO Ya te irás haciendo;

por ahora, ¡atención!
Ya sopla el viento,
se hincha la vela,
ya el barco libre
corre que vuela;
ya pronto el barco
se va á ocultar,
ya navegamos
en alta mar.
Y allí el grumete
libre de penas,
sobre las olas
se balancea;
y sin cuidarse
del porvenir,
en el barco se le oye
cantar y reir.

ANIC. ¡Jesús, qué vida
tan divertida!
Yo quiero pronto
salir al mar.
Yo quiero verme
junto á mi novia,
ya tengo ganas de navegar.

CORO Al primer viaje,
tú que eres nuevo,
verás qué pronto
te entra el mareo;
y es divertido
que sin parar,
te quieras estar quieto
sin poderlo lograr.
¡Já, já! vas por aquí...
¡já, já! vas por allá...
¡já, já! y todo te da vueltas
y todo se te va.

ANIC. ¡Já, já! voy por aquí,
¡já, já! voy por allá...

CORO Y no sabes si el barco
se viene ó se va.
Pero se pasa
tan leve mal...
y otra vez eres
dueño del mar.

ANIC. ¡Jesús, qué vida
tan divertida!

CORO Vas por aquí,
vas por allá,
y das vueltas sin parar.

ANIC. Yo quiero pronto
salir al mar.

CORO Y no sabes
si el barco viene,
y no sabes
si el barco va.

ANICETO

¡Jesús, qué vida
tan divertida!
Yo quiero pronto
salir al mar.
Yo quiero verme
junto á mi novia,
ya tengo ganas
de navegar.

CORO

Y allí el grumete
libre de penas,
sobre las aguas
se balancea;
y sin cuidarse
del porvenir,
en el barco se le oye
cantar y reir.

ESCENA III

DON BERNARDO, RUFINO y el CAPITÁN

Hablado

CAP. Pues miren ustedes, el vapor es aquel que está allí anclado.

RUF. ¿Y navega bien?

CAP. Como un tiburón.

BER. ¿De modo que usted es el Capitán?

CAP. Para servir á ustedes.

BER. Y dígame usted, Capitán: ¿usted tendrá la bondad de decirme una cosa?

CAP. Usted dirá.

BER. ¿Cómo viajan las familias reales?

CAP. Pues en buque de guerra.

BER. (A Rufino.) (¡Qué lástima que no tengamos aquí la escuadra!)

RUF. Si lo sabe el tío nos manda una fregata.

BER. No vaya usted á creer que esta pregunta es porque nosotros seamos... así.

CAP. Ya, ya; me lo figuro.
BER. No, pues no vaya usted á creer que somos mucho menos.
RUF. ¡Qué hemos de ser!
BER. Y, diga usted: ¿lleva usted cañones en su buque?
CAP. Sí, señor, uno.
BER. ¿Y á los príncipes cuando se embarcan, cuántos cañonazos les disparan?
CAP. Once. (¡Qué preguntas más raras!)
BER. Pues nada, no... más vale que no gaste la pólvora en salvas, ¿verdad?
RUF. Sí, señor; nosotros con modestia. Y que yo creo que no debemos de ser como esos reyes que hacen que los despidan á cañonazos.
BER. Pues, nada; por tener usted la honra de llevarnos en su buque, se le enviará á usted una gran cruz.
CAP. ¿Una gran cruz? ¿De qué?
BER. De Kutilibeatechua.
CAP. (¡Están locos!)

ESCENA IV

DICHOS. NICANORA, BLANCA y DOÑA HIPOLITA y un MARINERO

HIP. Aquí estamos.
NIC. ¿Y cuál es el vapor?
CAP. Aquel, señorita.
NIC. ¡Qué bonito!
BLAN. ¿Has visto á Aniceto?
RUF. Sí. Y me ha dicho que viene disfrazado de grumete.
BLAN. ¡Qué gusto!
CAP. Conque, señores, vamos á bordo, que el tiempo apremia y el bote espera.
BER. ¡Pues llame usted!
CAP. (Llamando.) ¡Vapor *Aurora*!
RUF. ¡Anda, anda, vamos á recogerlo todo.
NIC. Trae esa maleta.
RUF. Y tú lleva la cesta.
MAR. (Sale.) ¡Ahí está el bote, Capitán!

CAP. Pues coge el equipaje de esta familia.

BER. (Al oído del Marinero) Real.

MAR. ¿Que me dará usted un real? Muchas gracias. (Coge el equipaje.)

CAP. ¡Ea, al bote! (Van bajando.)

BER. (Que se queda el último) ¡Ah! ¡Capitán! Tenga usted la bondad de decir á los marineros que remen á la generala.

CAP. Bueno, hombre, bueno. (Vanse.)

BER. (Vuelve á subir.) ¡Adiós, España! ¡Amada patria! ¡Me voy con las lágrimas en los ojos, patria mía! ¡Pero los sagrados y tristes deberes de mi trono me esperan, y desde el fondo de mi alma, tu príncipe... vela... por tí, España!

CAP. ¿Pero, baja usted? (Vase.)

BER. Ya voy, hombre, que me estoy despidiendo. ¡Adiós, España!... ¡Uno de los príncipes más esclarecidos, no te olvidará nunca! ¡Adiós! (Tira besos. Coro de grumetes. Se despiden con gorras y pañuelos. Música.)

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Decoración.—Plaza de un pueblo salvaje.—Chozas á los lados.—A la izquierda la choza real

ESCENA PRIMERA

MINISTROS del INTERIOR, de GRACIA, de ESTADO y de PAZ con carteras muy grandes sentados en un banco azul

MACERO Señores Ministros: Su majestad la Reina doña Hipólita no tardará en llegar al consejo. Aguardad. (Vase.)

INT. Queridos compañeros: Puesto que la Reina tardará en llegar, escuchad un momento, que tengo que comunicaros mis planes.

EST. Habla, ministro del Interior, y no dudes que somos compañeros tuyos como ministros y como salvajes...

GRAC. Más salvajes que ministros...

PAZ Pero mucho más, porque yo no estoy conforme con este sistema de gobierno civilizado, que está arruinando la tribu.

GRAC. Ni yo...

INT. A eso voy. Nosotros, queridos compañeros, vivíamos felices en esta tribu próspera: el rey Karabí, aunque europeo, era tan salvaje como nosotros, pero llegó su hermano Bernardo primero, Karabí le cedió el trono yéndose él á gobernar otra tribu y... ¡ah!...

señores, desde que Bernardo primero nos domina, no podemos robar ni tanto así... ¿Y por qué no podemos robar?

PAZ Porque tenemos un ayuntamiento...

GRAC. Eso, un ayuntamiento... que no deja ni las raspas.

INT. Y los concejales, que son de lo más salvaje de la tribu, se lo comen todo; ¿que se edifica una choza? ¡Se la comen! ¿Que se ensancha un pueblo? ¡Se comen el pueblo con habitantes y todo! ¿Que hay basura en las calles? ¡Se la comen!. . ¡y sobre todo, compañeros! lo que más me subleva es que tengamos que llevar botas!...

PAZ Bueno, eso creo que pasa en todos los paises.

EST. ¡Callad!... Que viene el presidente.

INT. Bueno. ¿De modo que presentamos todos la dimisión, eh?

TODOS Sí.

INT. ¡Callad!

ESCENA II

DICHOS y RUFINO por la izquierda

RUF. Señores ministros...

TODOS Señor presidente. .

RUF. ¿Y su majestad mi suegra?

INT. No ha salido todavía.

RUF. Y qué... ¿Se murmura, eh? ¿Se murmura?

INT. Señor, se murmura... porque la tribu está descontenta del gobierno implantado por vosotros...

RUF. Pero... ¡qué bestias sois!... ¡cómo se conoce que sois salvajes y ministros además. Pero si el gobierno que hemos implantado es copia del de nuestro país!... Y gracias á nosotros, teneis ayuntamiento, y cámara de los Pares y cámara de los Comunes... porque mi suegro ha tomado el ayuntamiento de Madrid, los pares de Francia y los comunes de Inglaterra; lo mejor de cada sitio... y á mí me han nombrado presidente, por tres cosas:

Primera, porque soy su yerno; segunda, porque es mi suegro, y tercera porque estoy *casao* con su hija... Y á tí te ha hecho ministro del Interior, por lo sinvergüenza que eres para las elecciones, y á tí de la Paz, porque no quiere guerra, que bastante guerra tiene con su mujer, y á tí de Gracia, porque maldita la gracia que tenías, y á tí de *Estao*, por el mal estado en que te encuentras... Además, aquí hay escuelas, ahora que los maestros no saben leer, y ¿qué culpa tenemos nosotros de que aquí no conozcan el Juanito?... Total, que nunca habéis estado mejor que ahora.

GRAC. ¿Peor querrás decir?

RUF. ¡Peor!

TODOS ¡Sí, peor!

INT. Y yo, en nombre de mis compañeros, te entrego nuestras carteras, para que el rey disponga de ellas...

RUF. Es decir, ¿qué dimitís?

TODOS Dimitimos...

RUF. ¿Crisis total?

TODOS ¡Total! ¡Adiós!... (Vanse los ministros.)

RUF. (Siguiéndolos.) Pero...

TODOS ¡Total!

RUF. (Retrocede asustado.) Bueno, hombre, bueno... ¡Total... ¡Total! total igual. Pues señor, tres crisis en una semana... ¡ni en España!... ¡Voy á decírselo á doña Hipólita, á ver qué piensa!...

ESCENA III

NICANORA y Coro de mujeres

Música

CORO

Ha cambiado nuestra isla
de un modo fenomenal,
y hemos progresado todos
en costumbres y demás:
ya tenemos huenas formas

y elegancia en el vestir,
pues vestimos á la moda
de Londón y de París.

TIPLE — En Madrid, las mujeres,
fuerza es decirlo,
llevan todas un aire
muy distinguido:
y al salir de paseo
tan estiradas,
mueven el cuerpecito
con mucha gracia.

CORO — El cuerpecito mueven
con mucha gracia.

TIPLE — Y cuando con sus mozos
van de verbena,
¡olé ya por la gracia
de las flamencas!

CORO — ¡Olé ya por la gracia
de las flamencas!

TIPLE — Y ahora estar atentas
que os voy á decir
lo que por España
nos suele ocurrir.
Las mujeres que presumen
de elegancia y distinción,
por un corte de vestido
cortan la alimentación;
Y por eso hay matrimonio
de los que andan por allí...

CORO — ¿Qué?

TIPLE — ¡Que ella siempre está muy hueca
y el marido siempre así!

CORO — Pues para los hombres
es mucho mejor
no tener ninguna
civilización.

TIPLE — Por aquel Retiro de Madrid
lucen las señoras al andar
una cosa así
medio regular,
perdonando el modo
de señalar.

CORO — Sin que presumamos por aquí
no será difícil encontrar

una cesa así
medio regular,
perdonando el modo
de señalar;
me parece
que podemos alternar;
no dirán que no
tenemos distinción
gracias á la nueva
civilización,
que es menester
perfeccionar
para saber
engatusar
á los hombres que hay aquí
imitando las maneras
elegantes y toreras
de las hijas de Madrid.

ESCENA IV

RUFINO y DOÑA HIPÓLITA, de la choza real

Hablado

HIP. ¡Archiduque!
RUF. ¡Salga usted, Su Majestad, salga usted.. que hay noticias graves!
HIP. ¡Graves! ¿Qué pasa? ¿Y los ministros?
RUF. Aquí tiene usted...
HIP. ¡Las carteras!
RUF. Sí, señora; una crisis total, de todos, menos yo... ¡Y too lo ha armao el ministo del Interior, que es un animal!
HIP. ¿Y á quién llamamos?
RUF. ¿A quién llamamos animal?
HIP. No, hombre, para formar ministerio.
RUF. ¡Qué sé yo! ¿Quiere usted que encarguemos á España media docena de ministros?
HIP. Tienes razón, pero nos saldrán muy caros.
RUF. ¡Quiá! ¿No se acuerda usted que en San Isidro venden ministros á diez céntimos?
HIP. ¿Pero servirán como los otros?

RUF. Poco más ó menos, lo mismo.

HIP. Pues lo pensará Su majestad yo.

RUF. Pues piénselo Su Majestad usted... *U* si no, mejor será que esperemos á don Bernardo, que á estas horas estará dando la batalla con que pensaba vencer á la tribu enemiga.

HIP. ¡Ay, Rufino! ¡Dios quiera que vuelva vencedor el pobre Bernardo! Pero viste, acá pa entre nosotros, ¿qué miedo tenía de ir á la batalla, cuando le declararon la guerra? ¡El pobre, olvidando su dignidad real, en cuanto le dijeron que el enemigo esperaba, se tiró al suelo desesperado.

RUF. Sí, ya lo ví...

HIP. ¡Ay, Dios quiera que vuelva pronto!

RUF. ¡Ahora, vamos á ver á las infantas!

HIP. Sí, vamos, que ahí están.

RUF. Ande usted delante, que yo voy á hablar con la policía.

HIP. ¡Pues no tardes, Alteza! (Vase.)

RUF. ¡Va en seguida!... ¡Kukurucú!... ¡Kikiriquí!... ¡Kakaraká!... (Llamando.)

ESCENA V

RUFINO y tres de orden público por la derecha

LOS TRES ¡Señor!...

RUF. ¡Fiel y honrada policía! ¡Los Ministros han dimitido! ¡El orden puede alterarse! ¡Vigilad! (Vase.)

LOS TRES ¡Señor!...

Música

Hay que vigilar
con gran precaución;
hay que demostrar
astucia y valor.
Somos los que el orden
conservan aquí,
y mejor lo hacemos
que los que hay allí.

No vemos un rata,
aunque hay más de mil,
por eso, sin duda,
nos llaman cerril.
Y aunque aquí se pegan
una atrocidad,
no he visto una riña
por casualidad.
Hoy aquí
sobra la
civilización.
Somos propiamente
un guardacantón.
Pero aquí,
como allá
hay necesidad
de que crean todos
que hay autoridad.
Hay que vigilar
con gran precaución;
hay que demostrar
impávidos la astucia
y el valor.
Hay que vigilar
con gran precaución;
hay que demostrar
astucia y valor,
chitón, chitón, chitón.

ESCENA VI

BLANCA, NICANORA, DOÑA HIPÓLITA y RUFINO

Hablado

BLAN. ¡Ay, Nicanora! ¿Qué habrá sido de Aniceto?
NIC. ¿Pero tú viste que nos seguía?
BLAN. ¡Ya lo creo! En una caravana...
NIC. ¿Pero sabrá que papá es Rey?
BLAN. ¡No sé... porque puede que alguna de estas tribus se lo haya comido!
NIC. No tengas cuidado, él es muy listo y además tiene muchos huesos. El día menos pensado le verás llegar.

BLAN. ¡Ay... ojalá! ¡Qué ganas tengo de verlo!
NIC. ¡Y le diremos á papá que le haga algo!
BLAN. Verás como le hace lo de siempre; ¡un chichón! (Se oyen gritos fuera.)
NIC. ¡Ay! ¿Qué es eso?
BLAN. ¡Mira, papá que llega vencedor!
NIC. ¡Ay, qué gusto! ¡Mamá... mamá! ¡Rufino!
HIP. ¿Qué pasa? (Saliendo.)
NIC. ¡Papá... vencedor!
RUF. ¿Vencedor? ¡Es verdad! ¡Viva el Rey! ¡Viva mi suegro!
HIP. ¡Vivamos yo y mi marido!
SALVS. ¡Viva! ¡Viva!

ESCENA VII

DICHOS y DON BERNARDO, sale derecha seguido de salvajes

BER. Gracias, pueblo mío, gracias; os habeis portado como lo que sois; no os creía tan salvajes; estoy orgulloso de ser veustro Rey, de ser el cafre más grande de la tribu, y ahora, retiraos.
SALVS. ¡Viva Bernardo primero! (Vanse los Salvajes, quedando doña Hipólita, don Bernardo, Blanca, Nicanora y Rufino.)
HIP. ¡Cuéntanos, cuéntanos el resultado de esa batalla!
RUF. ¡Sí, díganos usted cómo ha sido!
BER. ¡Victoria completa!
BLAN. NIC. ¡A ver, papá... á ver!
BER. ¡Ya sabeis que la tribu próxima, que es enemiga, tiene ganas de meternos el diente, porque son antropófagos!
RUF. ¡Sí, señor!
BER. Pues bien; decidido á exterminarlos, formé mi ejército en orden de batalla; lo malo es, que como sabeis, aquí no hay caballos, no hay más que burros; formé, pues, un brillante escuadrón de burros y me puse al frente con mi estado mayor; íbamos montados para dirigir la batalla, el ministro, el general en jefe, dos ayudantes y yo; total,

cinco burros y detrás la infantería. Nos internamos en la maleza, mandé hacer alto y abrimos el paraguas; era la época de las lluvias. Así hubiéramos estado mucho tiempo, pero tanto llovía que ya teníamos calado todo el cuerpo... de ejército, y los soldados se quejaban de estar tanto tiempo quietos, con la ropa calada... y la bayoneta calada.

HIP. ¡Pobrecitos!

BER. Cuando de repente aparece el enemigo...

HIP. ¿Y qué hiciste al ver aparecer al enemigo?...

BER. Pues hice la señal de la cruz, y dije: «¡María Santísima, lo que va á ocurrir!» y mandé formar el cuadro; pero, como el enemigo no sabía táctica, empezó á coces, puñetazos, lanzadas y coscorrones, y nos rompió el cuadro... y el marco... Entonces, yo dije: «¡A ver, la caballería!» y nos precipitamos todos los burros sobre el enemigo; ellos, al ver tanto burro, dudaron un momento; pero se reponen, y á este le cogen del rabo, á éste de una pierna y á mí del ronzal, y se entabla una terrible lucha cuerpo á cuerpo... ¡Cómo me pusieron el cuerpo!... Ellos eran bravos, pero nosotros más, y al fin, no pudiendo resistir la lucha, ¡cómo los hemos hecho correr!

HIP. ¡Huyeron!...

BER. No. ¡Que los hemos hecho correr una atrocidad detrás de nosotros! ¡No ves que íbamos montados!...

RUF. Pero, ¿y la victoria?...

BER. ¡Con nosotros, corriendo también!...

HIP. ¿De modo, que eres vencedor?...

BER. ¿Lo dudas todavía?... No han quedado ni para contarlo.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MINISTRO DE LA PAZ

PAZ ¡Señor!... ¡Señor!...

BER. ¿Qué ocurre?...

HIP. ¿Qué es?

PAZ — Que el enemigo, los de la tríbu...

HIP. — ¡Los vencidos!...

PAZ — Sí, señora; los vencidos, que van á entrar á sangre y fuego en la ciudad, y están ya cerca...

HIP. — ¡Dios mío!...

BER. — ¡A ver... todos mis burros, á formar en seguida!...

RUF. — ¡Allá voy yo!...

PAZ — ¡Ya es tarde!...

TODOS — ¡Los antropófagos!... (**Entran los salvajes y los prenden.**)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Oasis en un desierto. Empieza á amanecer. Sale el sol

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL DE ÁRABES, que aparecen dormidos y después cantan una oración, vueltos al Oriente

Música

CORO

Ya el sol resplandeciente,
las nubes del Oriente
iluminando va;
¡que cesen nuestros sueños,
los hombres son pequeños
y sólo es grande Alah!
Recemos prosternados
y vueltos al Oriente,
¡que alumbre nuestra frente
del sol la clara luz,
que el aire del desierto
eleve nuestra queja,
y Alah grande proteja
al Africa del Sur!
Ya el sol resplandeciente,

las nubes del Oriente
iluminando va;
¡que cesen nuestros sueños;
los hombres son pequeños
y sólo es grande Alah!

ESCENA II

SIR BERTHON y ANICETO, vestido de árabe

Hablado

BERT. ¡Salga usted, joven, ya puede usted salir!...
ANIC. ¿Se han ido ya los árabes?
BERT. ¡Sí, señor!
ANIC. ¡Ay, Dios mío!... ¡Qué noche he pasado!...
BERT. ¿Y cómo se encuentra usted, Aniceto?...
ANIC. Mejor, Sir Berthon, mucho, mucho mejor de lo que esperaba, porque si no llego á tener la suerte de encontrarle á usted, á estas horas hubiese ya perecido...
BERT. ¡Pero, hombre!... ¿Cómo se ha atrevido usted á hacer un viaje tan penoso, nada menos que por la Nubia, entre estas tribus salvajes, solo, desconociendo el país y sin recursos?...
ANIC. Pues, por una mujer... por seguir á la mujer que adoro, cuyos padres son parientes de un rey cafre...
BERT. Bueno, pero ellos no ser cafres...
ANIC. La madre, sí señor... y el padre...
BERT. Si ya le he dicho á usted que los conozco.
ANIC. Pues bien: yo los seguía incorporado á una caravana de bereberes que se dirigían á vender marfil; íbamos cargados de sacos llenos de colmillos de elefante, cuando, de repente, el jefe de la caravana se incomoda conmigo y me quita los colmillos.
BERT. ¿Le descargó á usted?
ANIC. Sí, señor; me descargó un puñetazo... dejándome abandonado en medio del desierto.
BERT. ¿Y siguió usted á pie?...
ANIC. Seguí á pie, porque me habían dicho que en

el desierto había un *simón*... y yo le busqué para tomarlo por horas, pero se conoce que lo había *alquilao* otro.

BERT. Pero si el *simoun* es un aire.

ANIC. Ya lo averigué después.

BERT. ¿Y cómo se ha mantenido usted?

ANIC. Del *simoun*, digo, del aire. Porque quise cazar para comer, y ¡qué casualidad! verá usted lo que me ocurrió. A la caida de la tarde, vi un antílope, y le seguí, cuando, de pronto, el animal se para á beber en un arroyo, me echo la escopeta á la cara y ¡pum!... el antílope muerto...

BERT. ¡Bravo!

ANIC. El antílope, muerto de sed, seguía bebiendo como si tal cosa... Seguí mi camino diciendo: «no me ha llamado Dios por este camino» y me fuí por otro hasta que por fin le encontré á usted.

BERT. Bueno, y después de todas estas peripecias, ¿se encuentra usted dispuesto á seguir á la *Nubia*?...

ANIC. No, señor.. á seguir á la *novia*.

BERT. Pues bien, joven, sépalo usted todo. El padre de su novia de usted es rey.

ANIC. ¿Rey?...

BERT. Sí, señor. ¡Rey de Kutilibeatechua... y su tribu, indignada con su mando, iba á sublevarse contra él, cuando yo pasé por allí... y á comérselos á él y á la reina!...

ANIC. ¡Cielos... mi suegra en el estómago de un Kutilibeatechuano!

BERT. ¡A estas horas, quizás esté dentro de un salvaje!

ANIC. O un salvaje dentro de mi suegra... porque ella no se deja comer de rositas... no crea usted... ¡pero Blanca, mi novia! ¿se habrán comido á mi novia?...

BERT. ¡Puede que no!... Quizá sea tiempo de salvarlos á todos... Corramos á la tribu de Yokuskú, que es amigo mío, y ver si podemos rescatarlos...

ANIC. ¡Ay! Sí por Dios, sir Berthon, evitemos el *guisao*...

BERT. ¡Dios quiera que no se hayan comido á su novia de usted!

ANIC. ¡Dios mío!... ¡Pero si no tiene dos chuletas la pobrecita!

BERT. Corramos...

ANIC. ¡Sí, por Dios! ¡Vamos á salvarlos! (Vanse izquierda.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Telón corto—Interior de una choza real

ESCENA PRIMERA

LA REINA YOMAKI. CORO de amazonas. EL BECHUANA

BECH. ¡Aquí están los prisioneros, señora!

YOM. A las mujeres, encerradlas; los hombres, traedlos en seguida á mi presencia. En seguida, que tengo mucho apetito.

BECH. ¡Voy, señora!...

YOM. ¡Valientes amazonas! un espléndido festín se nos prepara, y así que sean juzgados esos extranjeros por los ancianos de la tribu, nos apoderamos de ellos y... ¡ham! yo me como uno... y vosotras...

TODAS ¡Ham!...

YOM. ¡Os coméis al otro!...

ESCENA II

DICHOS, RUFINO y DON BERNARDO

RUF. ¿Se puede?

YOM. ¡Ham!...

BER. ¿Se puede?

TODAS ¡Ham!...

BER. ¡Cáscaras!...

RUF. ¡Cuánta mujer... y qué poca ropa!

BECH. Estos son... ¡oh Reina!

RUF. ¡Uy, esa es la reina!... ¡Qué negra!... Se parece á la cara de aquella boquilla que tenía usted.

BER. Sí, ¡pero más aculotada!

YOM. ¡Déjalos y vete, Presidente del Consejo!

RUF. ¡Uy, Presidente! ¡Este es el Cánovas de aquí!

BER. ¡Y tan feo como el de allá!...

RUF. ¡Aquí se nos comen, don Bernardo!...

BER. Yo voy á descubrir nuestra condición regia. ¡A una persona real, puede que no se atrevan á digerirla!... ¡Tú, imítame!... Primero, humildad... ¡Ven!... ¡Voy á presentarte!... ¡Gran señora!... (¡Arrodíllate!...)

RUF. Voy... ¡Gran señora!...

BER. Tengo el honor de presentar á Vuestra Majestad al Archiduque Rufino.

RUF. Para servir á Vuestra Majestad y compañía.

BER. (¡Quítate la gorra y preséntame!)

RUF. Y yo tengo la satisfacción de presentar al Príncipe don Bernardo de Karabí...

BER. Príncipe, señora, que en demanda de libertad, llama al corazón de Vuestra Majestad...

RUF. Llama... al corazón de Vuestra Majestad.

BER. Y al llamar...

RUF. Al llamar...

BER. (No me contestan.)

RUF. (Llame usté más fuerte á ver.)

BER. ¡Y al llamar al corazón de Vuestra Majestad, que es el principal... que es el principal... (¡No me contestan!)...

RUF. ¡Llame usted al segundo á ver!...

TODAS ¡Ham!

BER. ¡Cuerno!

RUF. ¡Caracoles!... ¡No llame usted más!...

YOM. ¡Ven acá... ven!... Que eres tierno como un pájaro!...

BER. ¡Cielos!

YOM. ¡Quitarle las plumas!... (Las amazonas le quitan la corona.)

BER. ¡Uy!... ¡Pájaro y me manda pelar!... ¡Se me come!... ¡Se me come!...

YOM. ¡Así! ¡Qué hermoso estás!... Vosotras repartirse á ese...

RUF. ¡Diantre!... ¡Por Dios, señora!... ¡Que no se me repartan... que no van á tocar á casi nada!...

BER. (Rufino, hay que seducir á éstas. No hay otro medio de salvación.)

RUF. (Vamos allá.)

BER. Tú con esas y yo con estas. ¡A ellas!

RUF. ¡A ellas!

BER. ¡Señora!... ¡Es Vuestra Majestad la mujer más hermosa y más graciosa que he conocido!...

RUF. ¡Y vosotras sois unas mujercitas de chipén!... ¡Pero que de chipén! ¡Olé!...

BER. ¡Pues yo no me achico! ¡Olé!..

Música

YOM. No sé qué tienen
tus lindos ojos
que solo al verlos
me enamoré;
no sé qué tienen
tus labios rojos
que al verlos, niño,
me desmayé.

BER. ¡Qué me cuenta usted!

AMAZ. Ven con nosotras.

RUF. Estaos quietas,
que yo con tantas
no sé qué hacer.

AMAZ. Te cuidaremos,
te mimaremos
y sabrás, rico,
lo que es querer.

RUF. En tal situación
yo no sé qué hacer.

YOM. Sólo en tí yo cifro
mi felicidad.

RUF. Todo el escuadrón
tiene muy buen ver.

BER. Ser tan guapo es una
gran calamidad.

YOM. Sólo en tí yo cifro
mi felicidad.

Sin tu amor me muero.

BER. ¡Qué fatalidad!

YOM. Y A. Apiádate, hermoso, de mi sufrir;
mi apuesto mancebo, no más desdén,
por tí ser amada, será vivir
gozando en la tierra celeste edén.
Tus ojos me inspiran eterno amor
y al lánguido influjo de tu mirar
la ardiente amazona del Ecuador
esclava se rinde á tu voluntad.

BER. Eso que usted dice es una atrocidad.

RUF. ¡Qué barbaridad!

BER. ¡Qué barbaridad!

AMAZ. Ven con nosotras.

RUF. Estaos quietas,
que yo con tantas
no sé qué hacer.

YOM. No sé qué tienen
tus lindos ojos
que sólo al verlos
me enamoré.

YOMAKI

Nos amaremos,
nos mimaremos
y sabrás, niño,
lo que es querer

AMAZONAS

Te cuidaremos,
te miraremos
y sabrás, rico,
lo que es querer.

ELLAS

Verás qué vida
tan divertida
vas á gozar
sabiendo amar.

BERNARDO Y RUFINO

Lo que yo debo hacer
es dejarme querer,
¿cómo luchar,
si esto es la mar?

Hablado

BER. ¡Ay, Rufino, Rufino!

RUF. ¡Anímese usted, hombre! ¡Que nos salvaremos! ¡Las hemos *dejao prendás*!... ¡Miste que hemos tenido suerte!...

BER. ¡Ya lo creo!... ¡Alguien se acerca!

ESCENA III

DICHOS, DOÑA HIPÓLITA, NICANORA y BLANCA

HIP. ¡Ay, Dios mío!...
BER. ¿Sois vosotras?...
RUF. ¿Qué pasa?
NIC. ¡Una cosa atroz!...
BLAN. ¡Horrible!...
BER. ¿Pero qué es?
HIP. Nada, que nos han encerrado en una choza, saliendo por aquí á la derecha, y el rey, un negrazo feroz, ha empezado á hacerme el amor!...
BER. ¡El amor!... ¿A tí?... ¿A tí... el amor?... ¿A una princesa?... ¡Déjame!
NIC. ¡Por Dios, papá!
RUF. ¡No se pierda usted!...
BER. ¡Déjame!
RUF. ¡Que se va usted á perder!...
BER. ¿No habéis dicho que saliendo á la derecha? ¡Pues no me pierdo!
NIC. ¡Y á mí me ha hecho el amor el ministro del Interior!...
RUF. ¡Ah!... ¡Dejadme! ¡Dejadme!...
BLANCA ¡No!... ¡Cálmate! ¡Cálmate!
RUF. ¡Dejadme y veréis cómo le pongo el exterior al del Interior!
NIC. ¡Y además he oido decir que se va á reunir la Corte para juzgarnos!
HIP. ¿Y qué nos harán?
BER. ¡Tajadas... de seguro!
NIC. Sí, porque me han dicho que aquí á los extranjeros les hacen tres cosas. La primera, guisarlos; la segunda, comérselos...
BER. No digas la tercera.
NIC. Y la tercera, repartirse su ropa.
BER. Pues á mí no me guisan, ¡cá!... porque si me guisan ¡me pego!...
RUF. ¿Y qué ganaría usted con darles dos trompás?...
BER. Si digo que si me guisan, me pego á la ca-

zuela para que me tengan que comer ahumado y se fastidien...

RUF. (Se oye ruido dentro.) ¡Qué ruido!... ¿Qué será eso?

BER. Debe ser la corte que se reune. ¡Callad!

ESCENA IV

DICHOS y el BECHUANA

BECH. ¡Extranjeros!...

BER. ¡Uy!... ¡Este es el Presidente del Consejo!...

HIP. ¡Qué chato!...

BECH. ¡Se acercan para juzgaros los reyes y el pueblo!... ¡Toma mi mano, princesa!

HIP. ¡No quiero!...

BER. ¡Bien hecho!... ¡No la tomes!...

BECH. ¡Toma mi mano!...

BER. Que no te la da... ¡cá!...

BECH. ¿Por qué?...

BER. Porque á mi mujer no se la da ningún chato...

BECH. Pues, ¡apartaos!

BER. ¡Vamos!...

BLAN. (¡Ay, si Aniceto supiera lo que nos pasa! ¿Qué será de Aniceto?)

NIC. ¡Qué guisado van á hacer con nosotros... Dios mío!...

RUF. Yo ya sé lo que hacen conmigo... ¡Arroz con pollo!

ESCENA V

DICHOS, EL REY YOKUSKÚ y LA REINA YOMAKI. Acompañamiento

YOK. Siéntense los extranjeros.

BER. ¿Dónde?

RUF. Aquí en este sofá... (Señalando al suelo.)

BER. (¡Aquí va á ser la paella!)

BECH. ¡Silencio!... ¡que va á hablar el rey!...

YOK. ¡Extranjeros, estais condenados á muerte!...

Podéis defenderos ante la tribu, antes de morir... ó después... ¡como queraisl...

RUF. ¡Después!...

BER. ¡Antes! ..

RUF. Bien; ¡pues defiéndete tú!...

HIP. (¡A ver lo que dices!)

RUF. (¡Ande usted!...)

BER. (¡Voy!... Voy á meter la pata, como si lo viera... ¡pero, en fin!) ¡Señor, yo creo que mejor que comernos, cosa que podía perjudicar á la tribu, porque ésta tiene la triquina...

HIP. ¡Mentira! ¿Qué he de tener yo eso?

BER. (¡Calla, mujer... es á ver si se les quita el apetito!) Yo creo que debía Vuestra Majestad conservarnos vivitos.

RUF. ¡Y coleando!

YOK. ¡Silencio!...

BER. Nosotros podíamos servirle á Vuestra Majestad para muchas cosas.

YOK. ¿Para qué? Habla.

BER. A los reales piés de Vuestra Majestad...

YOK. Muchas gracias.

BER. No: digo, que á los reales piés de Vuestra Majestad hay que cortarle los callos, por ejemplo, pues éste...

RUF. Es verdad; tengo un tío callista...

BER. ¿Que la reina necesita una dama de honor?...

RUF. Tengo un tío callista.

YOK. No me gusta nada de eso.

BER. (Le diremos otra cosa.) ¿Que quiere Vuestra Majestad organizar un ejército?...

RUF. ¡Yo tengo un tío callista!

YOK. ¡Silencio!

BER. Pues se organiza en seguida... ¡Artillería, yo... caballería, mi señora!

YOK. ¡Tampoco me gusta!...

BER. (A este tío no le gusta nada.)

RUF. Le gusta á usted el jamón con tomate.

YOK. Fuera ese ..

BER. Calla, zoquete...

YOK. A mí me gustaría, por ejemplo, que fuéseis buenos tiradores.

BER. ¡Ah! ¡Tiradores... tiradores nosotros!... ha ido á citar Vuestra Majestad nuestra habilidad mayor...

YOK. ¡Pero qué, vosotros tiráis!

RUF. ¡Como tengamos de dónde, ya lo creo!

YOK. ¿Los dos?

BER. ¡Somos un tronco!

RUF. El señor, hace unos blancos atroces...

BER. Cuéntale, cuéntale.

RUF. Al señor le presta un amigo un duro, se lo lleva, y á los trescientos pasos... pum.

BER. ¡Ni un céntimo!

YOK. ¿Pero y los tiros?

RUF. Los tiros son para cobrársele.

BER. ¿Pues y las pesetas que yo he pasado?

YOK. ¿Con bala?

BER. ¡No: con azogue!

YOK. Pues á probarlo; y si haces el tiro que yo te señale, os perdono la vida. Venga un rifle. Toma.

BER. ¡María Santísima! ¡Y qué digo yo?

RUF. Yo le apuntaré á usted.

BER. Bueno, toma.

RUF. No, que yo le apuntaré á usted lo que hay que decir.

YOK. Venga un dátil. Mirad: la reina colocada aquí, le sostendrá entre los dientes, á ver si de un balazo le quitas...

BER. ¿Los dientes?...

YOK. El dátil.

RUF. (La deja seca.)

BER. (La mato.)

YOM. Pero, cuidado, extranjero...

BER. Descuide Vuestra Majestad... (la doy en mitad de la cabeza.

RUF. (¡Ay, si tira!... ¡Nos asan! Le advierto á Vuestra Majestad que es corto de vista.

BER. Bueno; al primer tiro puede que la dé en otro lado, pero el segundo es en el dátil...

YOK. Tira...

BER. Voy... (No quiero verlo.) (Se vuelve.)

RUF. Ni yo... (Se tapa los oídos.)

YOK. ¿Pero con qué ojo apuntas?

BER. Con el derecho... Es que...

RUF. ¿La ha matado usted ya?...
BER. No; ahora voy... á una... á dos...
RUF. No tire usted que la mata...
YOK. ¿Pero no tiras?...
BER. Es que quería decirle á Vuestra Majestad que, la verdad, me emociona mucho el apuntarle á una señora; que se ponga otro...
YOK. Bueno, pues éste; pronto.
BER. No; á éste no puedo hacerle blanco.
YOK. ¿Por qué?
BER. Porque es muy negro. Este, que se ponga éste.
RUF. ¿Yo?... Quite usted, hombre...
BER. Ponte, Rufino. ¿No tienes seguridad?
RUF. Seguridad de que me muero.
BER. Apuntaré alto.
RUF. ¿De veras?
BER. Sálvanos.
RUF. Venga el dátil.
YOK. A ver.
RUF. Eh, que me va usted á dar. Apunte á otro lado.
YOK. ¿Qué?
BER. Nada, que dice que apunte á otro lado... del dátil... A una... (Dispara.)
RUF. ¡Ay!
YOK. A ver.
RUF. Miren ustedes, miren ustedes... ¡El hueso nada más...
YOM. ¿Y la molla?
RUF. Me la ha quitado del balazo.
TODOS Bien... bien.
BER. ¿Ve Vuestra Majestad?
YOK. Gran pulso.
HIP. ¡Bravo, Bernardo!
YOK. Pues nada, estoy tan satisfecho de vosotros, que puesto que los dos tiráis tan divinamente, con dejar uno vivo basta...
RUF. ¡Cuerno!... ¡A mí. . á mí!...
YOM. ¡No; al que hay que conservar es á éste, que me gusta á mí!
HIP. ¡Qué sinvergüenza!
BER. ¡Muchas gracias, señora! ¡Fastídiate!
YOK. ¿Y cómo quieres conservarle?

YOM. ¡En escabeche!
BER. ¡Demontre!... ¡Cuerno!
HIP. ¡Mi marido en escabeche!
YOM. ¡Es tan rico!
HIP. ¡So asquerosa! ¡La araño!... ¡Indecente!...
BER. No hagan ustedes caso.
TODOS ¡Ah!
BER. ¡Por Dios, Hipólita, que es la reina, déjala que me coma!
HIP. A mi marido, no se lo come nadie más que yo.
NIC. ¿Qué has hecho, mamá?
TODOS ¡Ah!
YOM. ¡Tribu, han amenazado á tu reina! ¡A la hoguera con ellos!
TODOS ¡A la hoguera!
BER. ¡Ahora sí que vamos á echar chispas! (*Música.*)

MUTACION

CUADRO CUARTO

El palacio de los sacrificios

ESCENA PRIMERA

Salen los salvajes, amazonas, etc. Bailan. Después sacan á los extranjeros

TODOS ¡A la hoguera! ¡A la hoguera!

ESCENA II

DICHOS, SIR BERTHON y ANICETO

BER. ¡Poderoso Yokuskú, detente!... ¡deteneos todos!...
YOM. ¡Tú, sir Berthon!...
BLAN. ¡Aniceto!...
ANIC. Yo, que vengo con un inglés.
RUF. ¿De los que tenías?

ANIC. No, este es nuevo, me lo he encontrado aquí y vengo con él á salvaros.

BERT. ¿Pero qué vais á hacer con estos extranjeros?

BER. Bisteques, caballero.

YOM. ¡A quemarlos!...

BERT. ¡Imposible, estos extranjeros están bajo el protectorado de Inglaterra, y los reclamo!

TODOS ¡Ingleses! (Se inclinan todos.)

RUF. ¡Pero qué miedo les tienen aquí á los ingleses!

BER. ¡*Mia* tu éste, como en todas partes!

YOM. Puesto que están bajo tu protección, los dejo libres con la condición de que se marchen en seguida.

BER. Sí, señor, sí, en seguidita nos vamos. Y tú, Aniceto, ¿cómo te encuentras aquí?

ANIC. Muy bien; porque aquí ya ve usted, no le molesta á uno la patrona, se come uno á un amigo y en paz. Y quiero á su hija de usted y con el permiso de usted le voy á regalar estas plumas.

BER. Bueno; tú, desplúmalo.

HIP. ¿De modo que ya no somos reyes?

ANIC. Ni reyes ni roques; porque á su hermano de usted Karabi, también lo han destronado.

BER. ¡Dios mío! Mi hermano destronado, yo tronado, sin una peseta. ¡Adiós, ilusiones!... ¡Adiós diadema real!...

HIP. ¡Bernardo!

BER. ¿Qué?

HIP. ¡No somos nada!

TODOS ¡Nada!

BER. Nada. Es decir, vosotras no sois nada; pero yo, ahora que me acuerdo, soy vocal del comité republicano del distrito del Centro, y esto ya es algo.

RUF. De modo que su alteza...

BER. No me llames alteza porque te doy un capón. ¿No conoces mis ideas republicanas de toda la vida?

HIP. ¿Y qué hacemos?

BER. Volvernos á España.

HIP. ¿Pero cómo?

BERT. Yo, si ustedes quieren, pongo mi *yat* á su disposición.

BER. Gracias, señor inglés, aceptamos. Llévenos usted en su barco hasta Madrid.

BERT. Hombre, hasta Madrid no puede ser.

BER. Bueno, pues hasta Guadalajara, ó cualquiera otro punto de aquellos.

TODOS Eso, sí... ¡á España! ¡á España!

BER. ¡Viva España!

(**Música.—Telón.**)

FIN